

La Organización de Estados Americanos en el siglo XXI: entrevista con José Miguel Insulza, secretario general de la OEA



Uno de los principales problemas que, según muchos analistas, usted encontró al llegar a la OEA es el del financiamiento de sus programas y actividades principales, pues las cuotas se utilizan casi por completo para cubrir gastos de operación y no se han conseguido apoyos y patrocinios suficientes para programas especiales, salvo pocas excepciones. ¿Recibió usted una organización en crisis financiera; de qué magnitud era, y qué medidas ha diseñado usted para superarla? En relación con lo anterior, ¿cuál será su política para con los países miembros deudores, algunos de los cuales ya tienen retrasos significativos y deudas cuyos montos ya son bastante considerables?

JMI: La OEA no ha aumentado sus ingresos regulares desde hace más de una década; no ha tenido aumentos de cuotas, ni siquiera incrementos por costo de vida. En otras palabras, sus ingresos son los mismos que existían a comienzos de la década pasada, nunca se han reajustado.

Ése es el principal problema. A él se agregan otros, como el atraso de algunos países en el pago de las contribuciones, pero felizmente los países fuertemente atrasados son pocos y, en este momento, el atraso total es la cuarta parte de un presupuesto anual, concentrado en un pequeño número de países.

Naturalmente la falta de financiamiento regular suficiente debilita el funcionamiento de la Organización, sobre todo cuando cada año aumentan los mandatos y las tareas que se le asignan a la OEA.

Sin embargo, yo no hablaría de crisis, precisamente porque al contrario de lo que usted dice, generalmente los problemas de financiamiento de programas son resueltos por la vía de aportes específicos de países miembros y de algunos países observadores, lo cual permite llevar a cabo

una gran cantidad de programas. Eso ha ido en aumento en la OEA, hasta el punto de que hoy es mucho mayor el aporte que se recibe por esta vía que el que proviene del fondo regular.

Lo que ocurre es que eso hace más difícil a la Organización programar de manera anticipada el total de sus recursos, porque muchos están sujetos a la voluntad de los aportantes, tratándose de recursos extraordinarios. Éstos siempre llegan; por ejemplo, nunca hemos dejado de hacer, por falta de recursos, una observación electoral que creemos indispensable. Desde luego, muchas de las actividades que realiza la OEA son, en sí, proyectos específicos y deben ser financiadas sobre la base de esos proyectos, pero el ideal sería tener dinero suficiente para cubrir todos los gastos esenciales de las actividades permanentes con recursos ordinarios.

Tenemos programada una Asamblea General Extraordinaria para enero de 2006, con el objeto específico de discutir la situación financiera. Allí se propondrán medidas para aumentar las contribuciones ordinarias, en cantidades realistas; introducir un sistema de revisión trianual, ligado al sistema de Naciones Unidas, y un reajuste automático por costo de vida.

Junto con ello habría que examinar medidas para asegurar el pago oportuno, pero quiero insistir en algo: más allá de la existencia de unos pocos países en mora, éste no es el problema principal. La fijación trianual de montos acordes con las posibilidades de cada país, el reajuste automático por costo de vida y, si es posible, un aumento que compense los años de inacción en la materia, son nuestros principales objetivos.

La fijación trianual de montos, el reajuste automático por costo de vida y, un aumento que compense los años de inacción en la materia, son nuestros principales objetivos.



Algunas de las críticas más escuchadas acerca de la OEA afirman que la Organización ha perdido no sólo prestigio sino también eficacia como actor multilateral, es decir, que, a pesar de que ha trabajado a buen ritmo en los últimos años, no puede remontar su imagen de elefante blanco, de fósil del *mall* de Washington, sin injerencia ni influencia reales en el continente. ¿Qué medidas tiene contempladas para revertir esta situación y posicionar a la OEA entre los actores de la región como una institución confiable y eficaz, que a todos conviene?

JMI: Como usted afirma, ha existido un buen ritmo de trabajo en el último periodo, especialmente en el tratamiento de las situaciones de crisis, en algunas áreas clave como derechos humanos, corrupción, programas nacionales ligados al desarrollo, asuntos de seguridad como terrorismo, desminado y muy especialmente drogas, etcétera.

Desde luego, queda mucho por hacer. Las tres grandes áreas de trabajo de la OEA: paz y seguridad; democracia y derechos humanos; y desarrollo integral, siguen siendo válidas como grandes objetivos de la institución, pero es indispensable dotarlas de contenido concreto y, especialmente, fijar prioridades acordes con la actual realidad del hemisferio. De lo contrario, nos perdemos en cerca de cien mandatos, que ninguna organización puede cumplir en niveles adecuados.

Felizmente, existen ya decisiones importantes en el Sistema Interamericano. En términos generales, nuestras prioridades en materia de democracia están fijados en la Carta Democrática Interamericana, suscrita en Lima en 2001; en materia de paz y seguridad nos guiamos por la Declaración sobre Seguridad Hemisférica, aprobada en la Conferencia de Seguridad Hemisférica realizada en México en 2003; en cuanto a los temas del desarrollo integral debemos ajustar nuestras prioridades a las resoluciones de las seis cumbres de jefes de Estado y gobierno de las Américas realizadas en la última década.

La Carta Democrática Interamericana expande el concepto de democracia, para considerar aspectos que no sólo tienen que ver con su origen (elecciones libres, transparentes y participativas), sino también con su ejercicio, incluyendo asuntos como el respeto de los derechos humanos, la libertad de expresión, el funcionamiento normal de los partidos políticos, la separación e independencia de los poderes, los sistemas de justicia, la transparencia y la corrupción; y vincula claramente la democracia con los temas relativos al desarrollo económico y social. En tal sentido, la Carta es un verdadero programa para alcanzar la estabilidad política y el buen gobierno que nuestros países necesitan no sólo para crecer, sino también para hacer llegar a todos sus ciudadanos los beneficios de la democracia y el crecimiento.

En lo relativo a los derechos humanos, la OEA tiene uno de sus elementos más prestigiados en la Comisión y la Corte Interamericana de Derechos Humanos. Creo necesario reforzar la independencia de estas instancias, que han permitido contar con instituciones no politizadas que protegen los intereses de los ciudadanos del continente. Al mismo tiempo, es preciso incrementar sustantivamente nuestro trabajo de prevención y atención a fenómenos masivos en el área de los derechos humanos. Entre estos temas de renovada atención están la necesidad de la Convención Interamericana sobre Derechos de los Pueblos Indígenas y la Convención Interamericana contra la Discriminación.

Paz y seguridad;
democracia y
derechos
humanos; y
desarrollo integral
siguen siendo
válidos como
grandes objetivos
de la institución.

En lo relativo a los derechos humanos, la OEA tiene la Comisión y la Corte Interamericana de Derechos Humanos.

En materia de desarrollo integral, la OEA se encuentra actualmente discutiendo una carta social, que debe complementar la Carta Democrática Interamericana. No obstante, pienso que en las cumbres de las Américas y en los Objetivos del Milenio, suscritos por nuestros jefes de Estado y de gobierno en la Asamblea Extraordinaria de Naciones Unidas de 2000, están ya las prioridades en materia de desarrollo integral y los indicadores suficientes para orientar nuestra acción. Las cumbres han tenido que ver con comercio, educación, ciencia y tecnología, medio ambiente y, recientemente en Mar del Plata, con los temas de pobreza y empleo. El desarrollo de esas áreas en la OEA son nuestras prioridades.

No obstante, en el caso de la OEA, es necesario hacer un cierto ajuste, por el hecho de que un número muy importante de los países miembros de nuestra institución tienen economías pequeñas, que requieren formas especiales de atención, ya que son extremadamente vulnerables a las vicisitudes de la economía regional y mundial. Nuestras prioridades en materia de desarrollo y cooperación deben considerar preferentemente los problemas de esas economías pequeñas.

Por último, en asuntos de seguridad debemos seguir adelante con las tareas que hoy desempeñamos bien, pero ampliar claramente nuestra acción en las áreas que definió la Conferencia de México: el crimen organizado y transnacional, el tráfico ilícito de armas, el tráfico de personas, el crecimiento de las pandillas juveniles; junto a otros desafíos de seguridad, como las catástrofes naturales.

Creo que estas prioridades son las que deben orientar el trabajo de la OEA en el próximo periodo, lo cual significa dejar de lado otros aspectos importantes, pero que otras instituciones hemisféricas o agencias especializadas pueden enfrentar mejor. Creo que la OEA será más confiable si se dedica más a los problemas de la gobernabilidad, la pobreza, los derechos humanos, la calidad de las políticas públicas y la seguridad de la gente común; en suma, los problemas que afectan a la gente de nuestro hemisferio.



Así como la Organización de las Naciones Unidas está a punto de entrar en un proceso de reformas, ¿no considera usted necesario un proceso similar, sobre todo a la luz de las nuevas dinámicas de integración subregional de la última década, para la OEA? De ser así, a grandes rasgos, ¿en qué consistiría dicha reforma?

JMI: Las reformas institucionales que cada organismo del Sistema Interamericano, no sólo la OEA, debe realizar, deben servir al propósito de poner en marcha las prioridades que he descrito. En nuestro caso, los ajustes necesarios a la estructura ya están en marcha.

Un aspecto que me parece fundamental en este sentido es la coordinación y cooperación entre los organismos internacionales. Predicamos mucho la gobernabilidad a nuestros países miembros, pero a veces nosotros mismos parecemos incapaces de coordinar nuestras políticas y hasta trabajamos de manera paralela en los mismos lugares, con programas y propósitos similares.

En el caso de las Américas, debemos dirigirnos a un funcionamiento real del "sistema interamericano", coordinando a OEA, BID, OPS, IICA, organismos regionales de Naciones Unidas y organismos de cooperación política (Grupo de Río, Comunidad Sudamericana, etc.), así como a organismos de integración subregional (Caricom, Mercosur, Comunidad Andina, Aladi, Mercado Común Centroamericano, etc.). Entre todos y sin competencia entre nosotros podemos aportar mucho más.

Creo que las cumbres de las Américas, más que seguir en la línea de abordar un tema preferente deberían ser, cada tres años, llamadas a fijar líneas y prioridades para el periodo siguiente a todo el sistema, para que funcione de manera más coordinada y eficiente.



Justamente, dado este alud reciente de acuerdos regionales de libre comercio, tanto bilaterales como multilaterales, y un potencial futuro de integraciones más allá de lo comercial, ¿qué papel considera usted que podría jugar México como bisagra entre América del Norte y América Latina?

JMI: México es uno de los países más activos en el hemisferio en asuntos de libertad de comercio, que impulsa esos acuerdos tanto en el plano multilateral como en el bilateral y ha prestado apoyo material a la negociación del ALCA en todos estos años.

Creo que la principal ventaja para este papel de "bisagra", al que usted se refiere, no proviene de su ubicación geográfica, sino de otros dos aspectos. El primero es que México es, muy de lejos, el primer socio de Estados Unidos en América latina y, por lo tanto, las experiencias que pueda transmitir en este sentido son invaluable. Si algún país tiene dudas respecto de las ventajas que puede acarrear la suscripción de estos acuer-

Fundamental es la coordinación y cooperación entre los organismos internacionales.

dos sólo tiene que mirar a México y los progresos que ha significado el TLCAN para la economía mexicana.

También México está en condiciones de comparar y sacar conclusiones del distinto tipo de acuerdos que se suscriben en el área ALADI del continente, que son básicamente acuerdos de apertura de mercados de bienes, con los más complejos que se suscriben en el norte, lo cual le permite, con base en esa experiencia, jugar un rol de liderazgo más activo en el logro de un acuerdo de todo el hemisferio.



Por favor, platíquenos un poco sobre sus planes para los próximos años, tomando en consideración su respuesta a la segunda pregunta. ¿En qué deberá ponerse el énfasis para la estabilidad de la región: en el combate a la pobreza, en la protección ambiental y el desarrollo económico o en asuntos de seguridad nacional y hemisférica, guerra contra el terrorismo y derechos humanos?

La atención a los grandes problemas del desarrollo no tiene porque ser incompatible con la atención a los grandes desafíos de la seguridad y de la democracia.

JMI: Quiero agregar que creo que lo que se ha planteado históricamente como un “dilema” en las relaciones hemisféricas (la prioridad del desarrollo *vis à vis* la prioridad de la seguridad) no es tal. Hoy es posible tener una agenda balanceada en que la atención a los grandes problemas del desarrollo no tiene porque ser incompatible con la atención a los grandes desafíos de la seguridad y de la democracia. De hecho, pienso que el aumento de la delincuencia en nuestra región, así como nuestras carencias en materia de gobernabilidad democrática, son graves obstáculos para el desarrollo equilibrado de la región.



Usted que lo vivió de cerca y fue no sólo testigo privilegiado sino protagonista, ¿considera que el modelo chileno de desarrollo que tan reconocido es y tanto éxito ha tenido, y que subió a Chile un número considerable de lugares en el índice de desarrollo humano, es exportable a otros países de América Latina, o qué cambios habría que hacerle?

JMI: No creo en los modelos exportables, pero sí creo que se puede aprender de la experiencia de algunos. En el caso de Chile, creo que se ha puesto mucho énfasis en algunos aspectos como la apertura externa, la adopción estricta de políticas macroeconómicas responsables y la fortaleza de las instituciones, tres aspectos que son, sin duda, pilares

esenciales del éxito chileno; pero se olvida mencionar que el factor que ha permitido que esos tres pilares se consoliden es la política.

En Chile, ha existido, durante todo el curso de los últimos dieciséis años, una coalición de gobierno cohesionada y con base programática, que ha llevado adelante, a partir de los factores antes mencionados, un crecimiento económico sostenido, una política social activa, un enorme desarrollo de la infraestructura y, sobre todo, la apertura creciente de nuevos espacios de libertad.

En tal sentido, el “milagro chileno” existe, pero el milagro está en la política. Alcanzar acuerdos amplios, gobernar con mayorías estables, buscar generosamente acuerdos con la oposición es siempre posible si la política se concibe como un ejercicio cooperativo y no confrontacional; y si se comprende que el éxito en el gobierno se mide en realizaciones y no en discursos. Es un “milagro” obvio, pero que depende solamente de la voluntad de la clase política.



¿Cuál considera que sea el futuro del ALCA, que a veces parece que se estanca; es una zona de libre comercio continental la mejor solución a la integración regional, o considera que es mejor la tendencia actual de bloques subregionales que negocian entre ellos, como el TLCAN, Mercosur, Pacto Andino, el tratado centroamericano, etcétera?

JMI: No es que algunas veces se estanque, como ustedes dicen: la verdad es que la negociación se encuentra estancada desde hace dos años y lo ocurrido en la última Cumbre de Mar del Plata es una demostración de ello. El ALCA debió culminar en 2005, de acuerdo con el calendario original, y no estamos siquiera cerca de eso.

Creo que hay dos razones para ello. La primera, ciertamente la más importante, es la falta de avances en algunos temas que interesan más a los países en desarrollo y especialmente a los productores competitivos de productos agrícolas, que no están dispuestos a avanzar en otros aspectos de la negociación mientras no perciban alguna disposición a la eliminación de los subsidios a la agricultura por parte de Estados Unidos y de la Unión Europea. En tal sentido, el éxito del ALCA está ligado a los avances que se produzcan en la Ronda de Doha, que es el espacio en que los temas de subsidios agrícolas deben ser discutidos y resueltos. No imagino a los países del Mercosur abriéndose a una negociación parcial, mucho menos a una que excluya sus principales intereses. Por otra parte,

Alcanzar acuerdos amplios, gobernar con mayorías estables, buscar generosamente acuerdos con la oposición es siempre posible si la política se concibe como un ejercicio cooperativo y no confrontacional.

sin embargo, también es difícil que Estados Unidos acceda a desmantelar todo su instrumental interno, y mucho menos si la Unión Europea no parece dispuesta a hacer grandes concesiones en este aspecto.

Estimo, además, que la demora en la negociación, incluso antes de la parálisis de los últimos dos años, ha generado una suerte de distanciamiento político de los grandes objetivos del ALCA. En 1995, el ALCA era un objetivo difícil, pero deseado por todos. Tal vez no se podría alcanzar, pero no sería por falta de voluntad, porque todos creían que era útil y necesario.

En los últimos años, al menos en algunos países, los problemas de la globalización han llevado a una actitud algo más reticente hacia el libre comercio. La idea de que los países más pequeños y con mercados más reducidos pueden obtener claras ventajas con la celebración de acuerdos con los mercados más grandes del mundo, que a mí me parece obvia, ha dado lugar a un extendido escepticismo. Parte de ello se debe a la falta de generosidad de esos grandes mercados para abrir lo que realmente le importa a los menos desarrollados, pero hay también un factor ideológico que es imposible desconocer.

Creo, entonces, que la bandera del libre comercio hemisférico requiere, además de las concesiones que los países en desarrollo esperan en Doha, de un nuevo impulso político, así como de una discusión abierta y franca entre nuestros países, si hemos de reanudar las negociaciones con posibilidades de éxito.

Los acuerdos subregionales pueden jugar un papel fundamental en este proceso, coordinando y aunando las posiciones de sus miembros, como lo han hecho muchas veces hasta ahora. No creo que entre los acuerdos subregionales más importantes y la idea de un acuerdo hemisférico exista incompatibilidad.



Uno de los más graves y acuciosos fenómenos sociales e internacionales del continente es el narcotráfico, que en algunos países ha incluso penetrado la política y se ha convertido en pilar de la economía, y que ha generado Estados en los que la violencia se vuelve cotidiana y el cumplimiento de la ley algo cada día más difícil. ¿Ha sido el Mecanismo de Evaluación Multilateral (MEM) un foro adecuado para concertar políticas de control y evaluación del tráfico de drogas frente a la política de certificación de Estados Unidos?

El libre comercio hemisférico requiere de un nuevo impulso político y de una discusión abierta y franca entre nuestros países.

JMI: Creo que el MEM ha sido ampliamente positivo en dos aspectos. Por una parte ha permitido eliminar las tendencias unilateralistas en materia de combate al narcotráfico, que por su naturaleza transnacional y criminal requieren del máximo de cooperación y no de conflicto. Cuando dejamos de apuntarnos entre nosotros y buscamos formas de evaluación que, sin dejar de ser estrictas, son mucho más cooperativas, avanzamos mejor en el esfuerzo común. Por otro lado, el mecanismo ha permitido también intercambiar experiencias entre países, especialmente en materia de prevención. Hay países de la región en los que el fenómeno de la droga, siendo aún grave, no ha crecido en los últimos años, gracias a una buena política de interdicción, pero sobre todo gracias a buenas experiencias de educación y prevención. El mecanismo tiene la ventaja de permitir mejor el intercambio y difusión de esas experiencias, incorporando así cada vez más actores a esta difícil tarea. No obstante, ni el MEM ni ningún otro mecanismo son suficientes. La OEA seguirá haciendo de este tema una tarea prioritaria, pero los recursos humanos y materiales que se requieren para cumplirla exceden con mucho nuestras posibilidades. De allí, nuestro énfasis en la cooperación y el trabajo en común.



¿Qué opina usted de la idea de que la sede de la OEA se traslade de Washington a algún otro lugar un poco más neutral, como lo han sugerido algunos actores políticos continentales y analistas internacionales?

JMI: Hay muchos que proponen que las Naciones Unidas se vayan a otros lugares del mundo y supongo que serán los mismos que proponen que la OEA se traslade a otro lugar, sin proponer jamás formas realistas de financiar esas aventuras. Hay un contrasentido en decir que los organismos internacionales están mal financiados y a continuación proponer que se gasten los pocos recursos que tienen en abandonar su infraestructura para construir otra nueva en un país distinto. La verdad es que todas estas propuestas huelen más a demagogia que a alternativas concretas. Por lo demás, la OEA no enfrenta problemas en Washington. Creo que hay que dejar de lado la noción de que, por el hecho de estar ahí, Estados Unidos le impone al resto sus designios. La OEA no es ni más ni menos que los países que la componen y son ellos los que toman las decisiones. Estados Unidos es uno entre todos, el más poderoso, sin duda, pero creo que hay numerosas instancias en las que sus propuestas no son

La OEA no es ni más ni menos que los países que la componen y son ellos los que toman las decisiones.

aprobadas. En suma, no veo que ventaja podría obtenerse de esas proposiciones y, en cambio, las creo totalmente fantasiosas y carentes de realismo.



¿Qué papel ha jugado Canadá desde su ingreso a la OEA y en el último periodo?

JMI: Canadá fue el último país en ingresar a la OEA, en 1991. Su contribución ha sido muy importante desde todos los puntos de vista. Se ha involucrado sustantivamente en los temas de derechos humanos, estabilidad política, comercio y desarrollo, contribuyendo poderosamente a sacar adelante temas fundamentales para la región, como la Carta Democrática Interamericana.

Al mismo tiempo, Canadá ha hecho contribuciones fundamentales a los programas de cooperación multilateral de la OEA en las distintas áreas. Como país desarrollado, ha entendido que es necesario contribuir a los programas específicos que lleva adelante la institución. En suma, es uno de los principales contribuyentes a la OEA y también ha aportado personal de primer nivel en las distintas áreas de trabajo.

Sin embargo, tal vez la principal aportación de Canadá es de actitud. En efecto, sus propuestas y participaciones siempre tienen una impronta constructiva, nunca negativa ni confrontacional. En línea con la tradición de su política exterior, la delegación canadiense se caracteriza por su racionalidad, siempre dispuesta a buscar salidas a los distintos conflictos que surgen, ejerciendo una influencia moderadora muy útil y disuasiva cuando hay una dificultad seria o un ánimo de ruptura.

La principal aportación de Canadá es de actitud. En efecto, sus propuestas y participaciones siempre tienen una impronta constructiva, nunca negativa ni confrontacional.



¿Cuál es su opinión acerca del clima que la reciente Cumbre de Mar del Plata nos hereda a la integración y el arreglo político en las Américas, así como a otros temas adyacentes que lógicamente se desprenden de allí, en particular, el del futuro de las relaciones norte-sur en el propio continente.

JMI: Creo que se ha exagerado demasiado en torno al clima de la Cumbre y no creo que ella sea necesariamente un factor sustantivo en la agenda de las Américas, a menos que uno quiera seguir cometiendo el error de reducir esa agenda al tema comercial.

La Cumbre cumplió la función para la que había sido convocada al producir una declaración y un plan de acción centrado en los temas de creación de empleo, pobreza y gobernabilidad, que guiará una parte importante de los trabajos del sistema en los próximos años. Ése es un resultado innegable, en torno al cual no se produjo ninguna de las controversias ni confrontaciones ideológicas con las cuales se especuló antes de la Cumbre.

Dije con bastante anticipación que no me parecía una buena idea tratar los temas de libre comercio en esta Cumbre, porque era difícil obtener algún resultado en esta materia antes de que se produjeran avances en la Ronda de Doha. Antes de ello me parecía imposible que los países de Mercosur estuvieran dispuestos a reanudar la negociación del ALCA sin que se hubiesen producido importantes concesiones de los desarrollados, especialmente en materia de subsidios agrícolas.

En este punto surgió la discrepancia, que de alguna manera marcó la imagen externa de la Cumbre. Creo que es innegable que, en el tema del libre comercio, hay que retomar la discusión política esencial, porque el clima ha cambiado radicalmente desde que se inició la negociación en 1998. La convicción de que son los países en desarrollo los que más tienen que ganar con el libre comercio (convicción que yo comparto) ha dado lugar a un gran escepticismo, tal vez generado por el “malestar de la globalización” que hemos conocido en los últimos años.

Retomar la negociación no es entonces tarea simple, porque el clima ha cambiado, pero ha cambiado en este aspecto, y es un error extrapolar esta discrepancia a toda la relación hemisférica y hablar de ruptura estratégicas o de “dos Américas”, como lo hicieron algunos medios de prensa.



Cree usted que en la Cumbre se ideologizó la discusión y que esta tónica veló la visión de cohesión alrededor de problemas comunes en relación con proyectos nacionales.

JMI: Por el contrario, creo que tuvo muy poco de ideológico y mucho de discusión sobre la práctica y sobre asuntos concretos. Los 29 países que defendieron la continuidad de la negociación del ALCA lo hicieron en relación con sus propias conveniencias, dispuestos a respetar la opinión de los otros, pero haciendo ver la necesidad que ellos tienen de contar con este instrumento para su desarrollo. Por otro lado, los que consideraron que no estaban dadas las condiciones para reanudar la negociación no hicieron ninguna condena abstracta ni disquisición teórica, sino que más

Los países en desarrollo son los que más tienen que ganar con el libre comercio.

bien adoptaron algo que llamaría “una postura negociadora dura”: queremos libre comercio, pero no volveremos a la mesa hasta que no veamos concesiones en los asuntos que más nos interesan. No veo nada de ideológico en eso.

En cuanto a otros supuestos debates, de los que se hablaba antes de la Cumbre, sobre la economía de mercado y sobre el tamaño y rol del Estado, más que divergencias hubo convergencias, en particular, sobre la idea de que, especialmente en América Latina, el Estado tiene un papel insustituible que jugar en la generación de políticas para mejorar la distribución de la riqueza, generar empleos y aliviar la pobreza. Por otro lado, no hubo un discurso antimercado, sino la idea de que ambos factores debían combinarse en una estrategia de desarrollo.



Muchas gracias.